

El país de los
bosques
de hierro

Mi regreso de la esquizofrenia

Título original: *I morgen var jeg alltid en løve*

Publicado originalmente por J. W. Cappelens Forlag AS, 2005

Diseño de cubierta e ilustraciones:

ALEJANDRO COLUCCI

Fotografía de la autora:

© OLAF BAKKE

La traducción al español de este libro ha recibido la subvención concedida por NORLA

La organización Fritt Ord ha subvencionado su publicación.



Este libro protege el entorno

El papel utilizado para su impresión ha sido tratado bajo ECF (Elemental Chlorine Free) y ha sido fabricado a partir de maderas procedentes de bosques gestionados con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente, y beneficiosa para las personas.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del «Copyright».

Revisión de primera edición: marzo, 2010

© J.W. CAPPELENS FORLAG, 2005

© de la traducción: GABRIELLA MACCHI

© EDICIONES PUENTE AL NORTE, 2008

www.puentealnorte.com

ISBN 978-82-998061-1-4

Depósito legal:

Impreso por Publidisa S.A.

A R N H I L D L A U V E N G

El país de los
bosques
de hierro

Mi regreso de la esquizofrenia

Traducción:

GABRIELLA MACCHI



Puente al norte

A mamá y Kitty

La razón por la que escribo este libro es que soy una ex esquizofrénica. Sí, suena tan imposible como decir «ex paciente de SIDA» o «ex diabética». Porque un ex esquizofrénico es alguien que difícilmente puede existir. Es un papel que no está disponible. Puede que se te acepte como esquizofrénico mal diagnosticado, o como esquizofrénico asintomático que mantiene la enfermedad oculta mediante medicamentos. Puede que se te permita ser un esquizofrénico que ha aprendido a vivir con sus síntomas, o que de momento está pasando por un buen período. No hay nada de malo con ninguna de estas alternativas, sólo que en mi caso no son verdad. Yo fui esquizofrénica. Sé lo que es. Sé como se veía el mundo entonces, cómo se experimentaba, lo que pensaba, lo que tenía que hacer. Yo también tuve «buenos períodos», sé cómo los viví, y sé cómo son las cosas ahora. Es diferente por completo. Ahora estoy sana. Y esto también se me debe permitir.

No es fácil decir de forma exacta cuánto duró mi enfermedad, porque me llevó varios años deslizarme hacia su interior, y otros tanto de lucha para salir. Sufrí de pensamiento suicida y de tergiversación de los sentidos. Y esto sucedió muchos años antes de que alguien se diese cuenta de que estaba a punto de volverme esquizofrénica. Y recuperé mi salud, mi seguridad y mi entendimiento mucho antes de que el sistema creyese que iba a sanar.

Enfermedad y salud son procesos, grados en una escala a los que no se les puede poner fecha. Pero se puede decir que comencé a desarrollar síntomas ya a los catorce o quince años. A los diecisiete me internaron por primera vez.

Desde entonces ingresé y salí, permaneciendo internada por períodos a veces cortos y otras veces largos, durante varios años. Los ingresos más breves fueron de sólo algunos días o semanas, en la unidad de agudos. Otros duraron meses, y los más largos fueron de entre uno y dos años, tanto en unidades abiertas como de reclusión, con mi consentimiento o por la fuerza. En total estuve internada unos seis o siete años. La última vez que me internaron tenía veintiséis años; pero, para ese entonces, ya estaba definitivamente en proceso de recuperar mi salud, si bien esto quizá no era evidente para nadie más que para mí misma.

Yo no creo que mi historia sea algo fabuloso: sólo es mi historia. No necesariamente será verdad para todos, pero es otra historia, diferente a las que por lo general se les ofrece a las personas con diagnóstico de esquizofrenia, y es por eso que creo que es importante contarla. Cuando estuve enferma me dieron sólo una versión de la esquizofrenia. Dijeron que estaba enferma, que era congénito, que duraría toda la vida y que yo simplemente debía aprender a vivir con ello. No sentí que se ajustase a mí. Tampoco fue una explicación que me diera valor, fuerza y esperanza en el momento en que más lo necesitaba. No era una historia que hiciera bien, y en mi caso ni siquiera fue verdadera. Pero fue la única que me dieron.

Después de mi recuperación estudié psicología. Mis estudios me han enseñado que, además de mi historia personal, privada, hay también muchas otras historias que contarle a la gente que recibe un diagnóstico de esquizofrenia. También a aquellos que trabajan y viven con estas personas. Es por eso que quiero contar algo más, algo mío.

Estas historias no se amoldarán a todos. La vida es vasta, complicada e intrincada, y no existe una solución única. Las soluciones únicas son para las matemáticas, no se adaptan a la realidad. Por lo tanto, ninguna de estas historias es la única gran «Verdad Universal». Pero todas ellas son verdad.

HISTORIAS DE CONFUSIÓN

Niebla y dragones, sangre y hierro

Comenzó de forma gradual y cautelosa, y casi no me di cuenta. Fue como cuando la bruma desciende lenta en un hermoso día de sol. Al principio es como un delgado velo delante del sol; luego, ininterrumpidamente, va llegando más y más. Pero el sol continúa brillando, y sólo cuando deja de hacerlo, cuando todo se ha vuelto frío y los pájaros se han quedado mudos, te das cuenta realmente de lo que sucede. Pero entonces la niebla ya está instalada allí: no hay más sol, los mojonos comienzan a desaparecer y ya no tienes tiempo suficiente para encontrar el camino a casa antes de que todos los caminos se borren en la bruma espesa. Entonces te asustas, porque no sabes qué es lo que sucede ni por qué, ni tampoco cuánto durará, pero sabes que estás sola y a punto de perderte, y temes que nunca más volverás a encontrar el camino a casa.

No sé cuándo ni cómo comenzó, pero recuerdo que empecé a sentir miedo cuando estaba en la escuela secundaria. No había mucho que temer aún, y yo tampoco estaba tan asustada, pero me daba cuenta de que algo no iba bien. Yo siempre había sido la chica buena, amable y tranquila que vivía en su propio mundo, soñaba despierta y no tenía demasiados amigos. Tenía algunos, en especial una chica que era mi mejor amiga, pero nunca tuve un grupo de amigos. En la escuela primaria se burlaban un poco de mí, no de forma violenta, sino más bien mediante esa burla calmada y apática de todos los días que, casi de manera imperceptible, te va robando la posibilidad de hacer amigos, la risa y la autoestima; te deja completamente sola, con la convicción de que eso es lo mejor para ti. En la escuela secundaria también comencé a ser objeto de

algunas burlas, no muchas, pero lo suficiente como para afectarme. Chicle en el pelo, gente que se iba cuando yo llegaba, compañeros que retiraban su silla, risas burlonas... Pero la realidad se volvía mucho más difícil cuando había que hacer tareas en equipo. El trabajo en grupo era una pesadilla, y en los recreos pasaba mucho tiempo a solas. Así había sido durante largo tiempo, pero poco a poco me fui dando cuenta de que estaba más y más sola, y que ya no se trataba únicamente de una soledad externa, sino que esa soledad comenzaba también a abrirse paso y a penetrar en mi interior. Algo estaba sucediendo en algún lugar muy dentro de mí. Ya no estaba sola porque no tuviese con quien pasar el rato, sino porque la niebla hacía difícil que me pudiese comunicar, y la soledad se había vuelto parte de mi ser.

Yo tenía buenas notas en el colegio. Pasaba el tiempo con mi mejor amiga, iba al cine, cuidaba niños, dibujaba, pintaba y escuchaba música. Reía y tenía muchos planes para el futuro. Pero empecé a salir más y más por las noches; daba largas caminatas durante las cuales pensaba en todo y en nada, y a veces casi ni sabía dónde había estado. Pensaba mucho en la muerte; trepaba hasta la cima del trampolín de salto de esquí, en mitad del verano, y pensaba en cómo sería volar hacia abajo y aterrizar en un lugar completamente diferente. Ese lugar del que no se regresa. Creo que maté a alguien en cada redacción que escribí durante toda la escuela secundaria, quizá con excepción de los ejercicios de datos concretos, pero también esos eran bastante lúgubres. Me volví más callada y escuchaba mucha música. Leía mucho, por lo general libros bastante tristes, textos densos, quizá demasiado serios para una adolescente de catorce años: Tarjei Vesaas, Kafka y Dostojevskij. Me volví muy adulta y muy infantil a la vez, y no tenía idea de quién era. Para Navidad, cuando estaba en noveno curso, pedí un libro de texto en latín y una muñeca bebé. Cada vez estaba más y más confundida, de modo que escribía mucho en mi diario, en forma de cavilaciones.

Pero nada de esto en sí mismo era demasiado extraño. Yo era una adolescente, y los adolescentes son de por sí imprevisibles. Se debaten entre ser niños y ser adultos, y las reflexiones filosóficas y los caprichos repentinos son, por lo pronto, completamente normales y no plantean nada por lo que alarmarse. Cuando pienso ahora en el primer signo de advertencia, asumo que fue

el que mi identidad, la seguridad de que yo era un ser, comenzó a deshacerse. Me volví más y más insegura de existir de verdad; quizá sólo fuese un personaje de un libro, o algo que alguien había inventado. Ya no estaba segura de quién dirigía mis pensamientos o mis acciones. No sabía si era yo o si era alguien más: ¿el «escritor» quizá? Comencé a sentirme insegura de que en realidad estuviese viva, viva de verdad, porque todo se veía tremendamente gris y vacío. En mi diario sustituí «yo» por «ella», y poco a poco comencé a pensar así también: «Ella cruza la calle para ir al colegio. Ella estaba bastante triste y se preguntaba si debería morir». Y en algún lugar dentro de mí, había algo que se preguntaba si «ella» continuaba siendo «yo», pero me daba cuenta de que eso no podía ser, porque «ella» era sin duda alguien triste, y yo, simplemente no era nada. Sólo algo gris.

Fue más o menos por esa época cuando me di cuenta de que necesitaba ayuda. Lo había estado examinando durante largo tiempo, pero un día en que estaba sentada sola en la clase, supuestamente haciendo trabajos de idioma noruego, tomé coraje y fui a ver a la enfermera del colegio. Ella era amable y bien dispuesta, pero a pesar de sus buenas intenciones sentí que yo no lograba explicarme lo suficientemente bien. Me preguntó si comía bien, y sí, eso lo hacía; si tenía miedo de engordar, o de subir a un autobús, pero tampoco era eso. Yo tenía miedo de no existir, y de que mis pensamientos no fuesen míos, pero ella no me preguntó sobre eso. Le dije que todo me parecía gris y que ya no tenía deseos de vivir. Ella entonces concertó una cita con el psicólogo del colegio. Yo estaba asustada y avergonzada, y no quería decírselo a nadie. Por suerte la hora de consulta que me dio coincidía con las vacaciones de invierno, y por lo tanto el colegio estaba cerrado.

Dije en casa que iría a dar un paseo y me escondí en el patio de la iglesia que estaba justo al lado del colegio, hasta que lo vi llegar. Yo realmente quería hablar con él, a pesar de estar asustada, porque me daba cuenta de que estaba a punto de perderme en la niebla, y que necesitaba ayuda. Pero no sabía cómo hacerlo ni cómo explicar lo que me estaba sucediendo, porque la niebla era ya bastante densa y me costaba comunicarme. Le dije que estaba confundida, y él me contestó que todos los adolescentes lo estaban. Le dije que sentía que ya no era yo quien dirigía mis pensamientos ni mis acciones.

Entonces me dibujó unos círculos freudianos con el «yo», el «ello» y el «súper yo». No entendí nada, pero eso me dio la certeza de que él tampoco había entendido una palabra de lo que yo había intentado explicarle.

La siguiente cita coincidía con una prueba en el colegio, así que corrí a la oficina de la enfermera y le dije que no tenía tiempo y que, además, tampoco era necesario porque ahora me sentía mucho mejor. Era absolutamente falso, pero la niebla comenzaba a ser muy densa ya, y cada vez me resultaba más difícil pensar de forma racional y, más difícil aún, hablar de lo que me estaba sucediendo; por lo tanto, fue más fácil decir una mentira. Sabía que nunca iba a lograr expresar lo que en realidad me estaba pasando, de modo que decía que todo estaba bien y me seguía enredando sola.

Por increíble que parezca, en el colegio todavía me iba bien. Las redacciones eran trágicas pero bien redactadas, y en las materias más objetivas tampoco tenía problema. Las fechas, los pétalos, las guerras y las fórmulas químicas eran seguras, simples, hechos sólidos en un mundo que cada vez se volvía más y más caótico, y no me ocasionaban ningún conflicto. Eran lo que eran: insensibles, inalterables e indiferentes por completo a mi caos. Podían ser aprendidos y memorizados, y todo iba bien. Yo salía a dar paseos, cuidaba niños, hacía mis deberes y mis exámenes, sin que nadie se diera cuenta de que día a día me extraviaba y me alejaba más y más. Pero lo hacía.

Más adelante empecé los últimos años de colegio. Al principio todo iba bien. Me tocó una buena clase con algunos alumnos que ya conocía de antes y también con muchos nuevos, y descubrí que la gente podía ser agradable, que podía hacer varios amigos y divertirme con ellos. Conseguí un trabajo como vendedora de golosinas en un cine de la ciudad después del horario de clase, y a pesar de que el viaje en autobús era un poco largo, estaba contenta, tanto con el trabajo como con mis compañeros. Me sentía bien. Muy bien. Demasiado bien. Porque no era así como el mundo había sido para mí, y no era así como yo esperaba que fuese; y cuando las cosas iban tan bien, se hacía aún más evidente cuán doloroso y solitario había sido antes. La angustia en mi pecho todavía estaba allí, y cuando reía con los demás, esa angustia se retorció dentro de mí recordándome que la vida no era tan fácil, ni tan divertida ni tan buena, sino solitaria, dolorosa y triste. Entonces me sentía aún más sola.

Además, me habían atormentado durante tanto tiempo que parecía extraño y fastidioso el que la gente fuese amable. Si aceptaba el hecho de que en realidad eran buenos, y que no había ninguna razón para que no lo fuesen, entonces tenía que aceptar también el dolor del pasado. Y sencillamente no podía. Y la niebla gris seguía creciendo.

Se me hizo más y más evidente que me encontraba a disgusto en mi papel de chica tranquila, buena e inteligente. Yo deseaba volar, y comencé a dibujar dragones que despedían bocanadas de fuego dorado rojizo, dragones que brillaban de poder, de vida y de todas las cosas que yo no tenía. Porque yo, sencillamente, era gris.

Ya en la escuela secundaria mis sentidos comenzaron a cambiar un poco. También esto sucedió de manera tan gradual y cautelosa que al principio casi ni me di cuenta; pero de vez en cuando, en especial cuando estaba cansada, los sonidos se escuchaban raros. El volumen era demasiado alto, demasiado bajo o, simplemente, extraño. Llegó un momento en que se volvió peor. Por lo general hay un orden bien definido en los sonidos: algunos son más altos y otros más bajos; algunos son más importantes y otros son menos importantes; pero en aquel entonces muchas de estas reglas se habían vuelto borrosas. Podía estar hablando con alguien y notar que me resultaba difícil entender lo que me decía, porque su voz quedaba ahogada por el ruido de mi calzado deportivo sobre el asfalto. El zumbido en mis oídos podía ser alto y amenazador, incluso físicamente doloroso, y a veces no estaba segura de qué era ese ruido. ¿Era sólo un zumbido o era alguien que hablaba? Por el contrario, la voz de la profesora que daba la clase podía perder palabras o contenido y convertirse en un sonido similar al gemido de una sierra o al silbido del viento. También mi visión empezó a cambiar; la diferencia entre luz y sombra se hizo más nítida, y a veces bastante siniestra. Cuando caminaba por las calles, las casas a mi alrededor podían crecer y volverse enormes y amenazadoras, o sentía que venían retumbando hacia mí. Las reglas convencionales de perspectiva y proporción se distorsionaban, y era como si caminara dentro de un cuadro surrealista de Picasso o de Salvador Dalí, muy agotador y confuso. Un día, de camino al trabajo, me quedé parada media hora sin atreverme a cruzar la calle. No lograba estimar la distancia entre los coches y mi persona, y el borde de la acera me parecía un precipicio sin fondo al cual

me precipitaría y moriría si daba un paso. La angustia y la desesperación crecían, y al fin no encontré otra salida que cruzar. Si moría, al menos todo habría terminado. No morí. Llegué a la otra acera, encontré el camino al trabajo y les dije que el autobús se había retrasado. Fue la primera vez que llegué tarde y no supuso un problema, pero me sentí mal por haber mentido.

Pero a la vez, ¿qué podía haber dicho? ¿Que tenía miedo de caerme del borde de la acera y morir? No podía decir eso. Les habría parecido una locura. Al mismo tiempo que el mundo a mi alrededor se volvía caótico, había algo en mí que aún podía registrar lo que sucedía y que entendía que eso estaba mal. Yo sabía, en algún nivel de mi conciencia y de mi existencia, que los bordes de las aceras tienen entre quince y veinte centímetros de alto y que uno no muere cuando los baja; sin embargo, no era así como yo veía las cosas, y a pesar de que una parte de mi persona percibía la realidad de una forma determinada, otra parte la veía de manera muy diferente, por lo que cada vez se hacía más difícil entender y mantener el orden.

Continué escribiendo en mi diario, y todavía escribía sobre «ella». Eso me confundía. Si yo era «ella», ¿quién era la que escribía sobre «ella»? ¿Era «yo», «ella»? Pero si «yo» era «ella», ¿quién era el que hablaba entonces sobre «ella y yo»? Todo se volvía más y más caótico, y no podía encontrar la salida. Una noche me rendí por completo y reemplacé todos los «yo» por una *x*, para representar a una persona desconocida. Sentí que había dejado de existir, que todo era puro caos y que ya no tenía idea de si había existido, quién era o qué era. Ya no existía, al menos no como persona con identidad y límites definidos, con un comienzo y un fin. Yo, simplemente, era un caos indefinido y difuso, como un punto de niebla; lanudo y amorfo. Pero seguía siendo yo. Puedo ver esto ahora, cuando leo en mi diario las notas de la noche en que sentí que mi identidad se desintegraba por completo y que la psicosis tomaba el control. Porque entonces, cuando el caos amenazaba y yo estaba tan confundida que no quería más nada, escribí; y lo cito en forma textual: «Ahora, *x* ya no puede más. *X* no tiene idea de quién es *x*; además, *x* tampoco quiere pensar más en esto. *X* cree que *x* irá a acostar a *y* (pronombre personal objeto)». Y a pesar de que recuerdo muy bien la desesperación y el aislamiento, el estar absoluta y completamente sola, sin siquiera un solo «yo» sólido, del mismo modo no puedo dejar de sonreír. Porque resulta obvio que

yo estuve allí todo el tiempo, y que mi identidad era sólida como una roca a pesar de que mi percepción de ella se había desmenuzado. A mí me interesan la lengua y la gramática, y es en parte esta combinación de características la que conforma mi identidad y me hace ser quien soy. Por lo tanto, no hay duda de que yo estaba allí también, sólo que no lo veía.

El mundo se había vuelto gris, los sentidos eran un lío y yo no sabía cómo debía comportarme frente al conflicto entre la «buena chica» y la «vida real». Mi rol era tan estrecho que me salieron ampollas en el alma. Dolía todo el tiempo, pero yo no sabía cómo podía seguir adelante. Dibujaba dragones: dibujos individuales de criaturas doradas que volaban atravesando la noche, y series que constaban de varias imágenes que juntas formaban un todo. Una de estas series comienza con una princesa de hielo que lleva un vestido azul-lila y que camina sola por un bosque oscuro de invierno, con sus árboles desnudos y muertos. El bosque está lleno de animales salvajes, lobos, serpientes, diablillos, pero ninguno de ellos mira a la princesa de hielo. Todos siguen por otro camino. Ella está completamente sola. En la imagen siguiente, la princesa es engullida por un enorme dragón lanzallamas dorado que en realidad parece bastante bueno, incluso cuando se come a la princesa. La tercera imagen muestra al dragón incubando un gran huevo blanco y, en la cuarta, el huevo se resquebraja y una princesa rojo-dorada sale de él. Ambos, la princesa y el dragón, sonríen felices. En la última imagen, la princesa de fuego camina otra vez por el bosque de invierno. El bosque está igual de oscuro y frío, e igualmente lleno de animales salvajes y peligrosos. Pero la princesa ya no encaja allí, y los animales lo notan; y en esta imagen se abalanzan todos sobre ella y la atacan. Ella ya no está protegida por el hielo, sino que se ha vuelto viva y vulnerable, y corre gran peligro de ser devorada. Aun así, escribí en mi diario: «no importa lo que cueste, no quiero morir sin haber pintado con todos los colores de mi caja de pinturas. No quiero vivir en pastel».

Eso escribí, y a pesar de que no sabía nada en absoluto acerca de lo que me deparaba el futuro, de todas maneras, había dibujado una imagen aterradora y exacta del mío. Yo sabía que estaba a punto de ser engullida. Y sabía que sobreviviría.

En otra serie de imágenes, la princesa está siendo devorada por una horda de pequeñas bolas de lana gris, sin cuerpo, pero con bocas enormes. Para

escapar, elige una vez más ser engullida por el dragón. Esta vez no hay ningún huevo, pero el dragón está acostado en un prado y llora. Sus lágrimas se juntan y forman un río, y a la orilla del río crece una flor. El capullo se abre, y la princesa de fuego emerge cantando.

Yo estaba completamente confundida, no entendía nada y no era capaz de explicar lo que me sucedía, porque ni yo misma lo sabía. Lo recuerdo y sé que es así. Pero los dibujos, que llevan la fecha de la época en la que todo comenzó, cuentan la historia completa. Muestran que yo, sin entender nada, lo sabía todo.

También en otros terrenos expresaba aquello para lo que no tenía palabras. No me gustaba la vida que llevaba, pero en lugar de cambiar esa situación, la exageré y me volví extremadamente competente. Conseguí un trabajo al que iba todos los días después del horario del colegio y, además, quería tener calificaciones tan buenas como las que tenía antes, incluso mejores. Estudiaba cuando llegaba del trabajo hasta bien entrada la noche. Después dormía unas horas y volvía a levantarme de madrugada para seguir estudiando, o para hacer tareas en la casa, en silencio para que nadie me escuchara, antes de irme al colegio. Luego, otra vez al trabajo, y a la vuelta más deberes. No había tiempo para amigos ni tiempo libre, y a pesar de que esto era una tontería, a la vez era seguro; porque así me libraba de lamentarme por los años en que había estado tan sola. Todo era tan malo como siempre había sido, es verdad, no era bueno, pero al menos era algo que conocía bien.

Dormía menos y empecé también a comer menos, no porque quisiera perder peso, sino porque quería obligarme a tomar el control sobre el caos. Fue entonces cuando apareció el Capitán. La primera vez fue mientras escribía en mi diario. Estaba exhausta y escribía, cuando de pronto me di cuenta de que una de las frases terminaba de forma diferente a como yo la había pensado. Me asusté y escribí: «¿Quién terminó esta frase?». –Yo lo hice dijo él, y así empezamos. Hay muy poco trecho entre las notas en un diario íntimo y el pensamiento, y entre el pensamiento y las voces, o al menos así fue para mí. Mis sentidos habían estado confusos y distorsionados durante bastante tiempo, por lo tanto no fue un salto tan grande el empezar a escuchar voces. De hecho, es probable que ya las hubiera escuchado antes; a decir verdad, no estaba segura de qué era

lo que había escuchado, pero habían sido voces difusas, no claras: un murmullo, un zumbido lejano, un sonido como de conversación, pero yo no llegaba a captar las palabras ni quién era el que hablaba. Ahora todas mis dudas se habían disipado. Quien hablaba era el Capitán, y lo hacía de una forma muy clara. Era imposible malinterpretar lo que decía. El Capitán era un capitán, y los capitanes dan órdenes. Pero también era amable, al menos al principio. Era agradable y dijo que él se iba a ocupar de mí, que yo no necesitaba preocuparme por los demás porque él me cuidaría. Dijo que nadie me conocía tan bien como él, y me dio pruebas de ello hablándome sobre mis sueños y mis deseos, algo que por supuesto era muy fácil, ya que él era yo. Me dijo que podía dejar de pensar en gustarle a los demás o en tratar de entender si los demás querían o no estar conmigo, y que ya no necesitaba preocuparme por lo que quería hacer ni por quién quería ser. Él se ocuparía de todo, y me prometió que nunca me abandonaría. Yo tan sólo tenía que confiar en él y hacer lo que él decía. Y eso hice. No fue tan difícil, al menos no al principio.

–Es mejor que trabajes un poco más con ese ejercicio–, decía el Capitán, y yo reescribía el ejercicio. –Todavía no está bien –decía–. Confía en mí, no está bien, ¡hazlo una vez más!

Yo confiaba en él y lo volvía a escribir, buscaba más datos en el libro correspondiente y pulía la redacción.

–No está bien –decía el Capitán–. En verdad debes ser completamente tonta, pero tienes suerte de tenerme a mí para que te ayude. ¡Hazlo de nuevo, y bien hecho esta vez! Pero yo ya no quería más: estaba demasiado cansada, eran casi las cuatro de la mañana y era sólo un ejercicio común y corriente que había hecho ya tres veces; no era necesario trabajar tanto en él.

–No sólo eres tonta sino también perezosa– dijo el Capitán, y me golpeó con fuerza en la cara varias veces, para que aprendiese a comportarme como debía y para evitar que me echase a perder aún más. Yo sabía y veía que era mi propia mano la que me golpeaba, pero no lo experimentaba como si fuese yo quien la dirigía. Suena bastante extraño, pero ya habían transcurrido varios años a lo largo de los cuales me había vuelto más y más insegura acerca de quién era en realidad aquél o aquélla que dirigía mis pensamientos y mis acciones. Ni siquiera estaba segura de existir de verdad; por lo tanto, el siguiente paso, el perder

el control sobre mis manos, fue en realidad un paso bastante pequeño. Yo estaba lista y amoldada, así que cuando el Capitán me golpeó, lo que percibí fue que era el Capitán quien me golpeaba. Me asusté y no podía detenerlo. Me golpeaba con dureza y sus insultos resonaban fuertes en mi cabeza, cada vez más fuertes. Luego se calmó un poco, yo me sequé las lágrimas y reescribí la tarea una vez más. Seguía sin estar bien, pero ya no tenía tiempo de mejorarla porque era la hora de irme al colegio. El Capitán me acompañó, y se mostró tan amable que me sentí agradecida de que él fuese bueno conmigo y que tuviese la gentileza de cuidar de que yo no cometiese ninguna estupidez.

Después de esa primera vez, empezó a golpearme con asiduidad; lo hacía cada vez que me equivocaba, y él consideraba que me equivocaba con mucha frecuencia. Yo era demasiado lenta, o demasiado tonta o demasiado perezosa. Si me confundía un poco con las cuentas cuando trabajaba en el kiosco del cine, en mi pausa de descanso él me llevaba al baño y me golpeaba en la cara varias veces. Si olvidaba un libro de clase, o si había descuidado un poco una tarea, me golpeaba otra vez. Cuando iba al colegio, a pie o en bicicleta, me hacía llevar conmigo una vara pequeña y me pegaba con ella en los muslos si se me había hecho un poco tarde. Yo odiaba eso porque era muy humillante; además, dolía. Los golpes en las orejas siempre me los daba cuando estábamos solos, o cuando él se había encargado de que estuviésemos solos, pero la vara la utilizaba cuando yo iba a pie o en bicicleta, por la calle, para que los demás lo vieran. Además, la vara dejaba marcas que no eran fáciles de explicar; en cambio, los golpes en las orejas no dejaban huella. Yo sabía bien que me había golpeado yo misma, pero no sentía en absoluto que hubiese tenido opción. Era el Capitán quien golpeaba, pero con mis manos, eso yo lo sabía y lo experimentaba, pero no podía explicarlo, porque no era una realidad para la cual tuviese palabras. Por eso hablaba de ello lo menos posible.

El Capitán pensaba que yo era muy holgazana y que dormía y comía demasiado, así que empezó a hacer nuevas demandas. Veinticinco horas de sueño a la semana eran suficientes, dijo. Luego las redujo a veinte. Si a mí no me gustaba, me golpeaba y me gritaba. Decía también que una comida al día era suficiente. Más que suficiente. En realidad incluso era demasiado, dijo al cabo de un tiempo, y redujo la ración a 3 comidas por semana. Intenté idear un plan pen-

sando en cuáles eran los días en que tenía mayor necesidad de comer. No obstante, él seguía siendo bueno algunas veces, y yo seguía creyéndole cuando me decía que todo esto era por mi propio bien.

Ahora le escuchaba casi todo el tiempo. Y de vez en cuando escuchaba también otras voces. Voces que no eran tan nítidas, pero que de todas formas eran más claras que aquellas que había escuchado antes. Desde el principio, el Capitán había hablado de «nosotros», y yo había comprendido que había varios y que él era el jefe. Me asignó un nombre secreto, un nombre que sólo ellos conocían, y me dijo que ese nombre me convertía en una de ellos. Él solía hablar sobre un país con bosques de hierro, donde los árboles tenían hojas color rojo sangre. Sangre y hierro. Poder puro. Exactamente lo que yo añoraba. Pero para llegar allí debía demostrar primero que lo merecía y que no era una cobarde patética. Yo podía entender esto, ya que ni yo misma estaba para nada convencida de merecerlo; en realidad, estaba bastante segura de que no lo merecía, y me alegraba que el Capitán estuviese dispuesto a ayudarme. A pesar de que dolía cuando me golpeaba.

Un día volvía del colegio a casa, con mi pesada mochila, cansada y hastiada de todo. Caminaba sobre el aguanieve de noviembre, cuando de pronto vi a una mujer de pie junto al buzón que había en el exterior de mi casa. Tenía el pelo oscuro recogido sobre la cabeza, y llevaba un vestido sencillo y suave; era liso, es decir, de un solo color, blanco, pero a la vez era azul oscuro. Ella era hermosa y sonreía. Era bueno que alguien me sonriese, así que le devolví la sonrisa. Yo había tenido un mal día en el colegio, con trabajo y discusión de grupo, y para mí era muy difícil hacer algo en grupo con otros compañeros, cuando antes que nada tenía que trabajar en conjunto y sin pausa con el Capitán. Por ese motivo, el trabajo en grupo no había marchado bien. El Capitán estaba enfadado, y yo estaba desgastada. Necesitaba una sonrisa, y me alegré por la de aquella mujer, en parte porque provenía de ella. Nunca antes la había visto, pero de todos modos sabía quién era. Era la Soledad, y era hermosa. ¿Quién necesita un grupo cuando la Soledad es tan maravillosa? A partir de ese día empecé a verla a menudo. Ella no decía mucho, pero tenía una sonrisa hermosa y un poco triste; a veces bailaba para mí enfundada en su hermoso vestido, que era a la vez todo blanco y todo azul.

Pronto empecé a ver también al Capitán. No sucedía cada vez que le escuchaba, ni tampoco podía verlo de forma nítida, pero sí lo suficiente como para saber qué aspecto tenía. No fue tan aterrador. Le había escuchado durante tanto tiempo que verlo no fue un cambio demasiado grande. Más o menos por esa época empezaron a aparecer también los lobos en los pasillos del colegio. Lobos y cocodrilos. Me asustaban porque parecían estar muy furiosos, y también porque nadie más los veía. Anhelaba escapar de todo ese caos, pero aún no me encontraban lo suficientemente valiosa como para dejarme entrar en el país de los bosques de hierro. Muchas veces me preguntaba si morir sería una solución; esa sí debía ser una forma de escapar, si no había otra opción. Y yo necesitaba desesperadamente escapar.

Mi madre, por supuesto, no veía a los lobos ni escuchaba al Capitán, pero se dio cuenta de que yo comía cada vez menos, y de que no quería comer ni siquiera cuando ella me presionaba para que lo hiciera. Me decía que me veía pálida, exhausta y demasiado delgada, y eso que ella no tenía ni idea de lo poco que dormía, aunque sabía que era poco. Pidió una cita con mi médico, y yo, a pesar de sentirme tonta, era consciente de que necesitaba ayuda; el problema era que no lograba explicar qué era lo que estaba mal en mí. Porque no había palabras para describir lo que me sucedía. Hablé con el médico algunas veces. No pude explicarle con propiedad lo que me pasaba, ni de qué manera se había transformado el mundo para mí, pero de todas maneras me gustaba conversar con él. Parecía agradable, pero me aterroricé cuando me dijo que me iba a derivar a un psiquiatra de niños y jóvenes. Le dije que yo había hablado con el psicólogo del colegio, y que eso no había sido de ayuda. Él me dijo que esto era otra cosa, algo más avanzado, lo que me atemorizó más todavía, porque yo no me sentía para nada avanzada. Sólo un poco tonta y asustada.

Me derivó al psiquiatra, concertaron la cita y todo salió bastante bien. En realidad, fue algo bueno. Me gustó mi terapeuta, lo cual resultó ser muy importante, porque ahora sí que mi mundo se estaba colapsando. Había logrado esconder mi problema por largo tiempo, pero ahora la cáscara se resquebrajaba y revelaba que mi mundo se había vuelto un caos total donde ya nada tenía sentido. Anhelaba de una forma desesperada sangre, fuego y dragones, pero vivía en una niebla cada vez más densa, por lo que empecé a arañarme hasta hacer-

me sangrar para probar que aún corría sangre por mis venas, que todavía estaba viva. Cada vez me comunicaba más con el Capitán y los otros, y mis sentidos se volvieron progresivamente menos fiables, así que empecé a ir al baño de chicas del colegio para luchar con el Capitán y con los lobos. Me abofeteaba la cara, me pegaba en las manos y me golpeaba la cabeza contra la pared para hacer que las voces se callaran. A pesar de que elegía el retrete que se utilizaba menos, y el que estaba más alejado de los otros, al cabo de un tiempo me descubrieron. La buena alumna se había vuelto loca del todo, y mis sentidos no estaban tan distorsionados como para no darme cuenta de que la mirada de los profesores cambió, de aprobatoria a compasiva. Mis calificaciones en Navidad estaban entre las mejores de la clase. Llegado el verano, fallé en todas las materias.

De todos modos empecé las clases otra vez en otoño, a pesar de un verano que no había hecho más que empeorar las cosas. Muchas veces estaba físicamente ausente, y tampoco estaba muy presente cuando iba a clase, por lo que me resultaba muy difícil seguir el ritmo. Un día cálido de agosto salí en bicicleta a dar un largo paseo. Fui al cementerio y conversé con papá, y fui también a otros cementerios. Luego volví a casa. A pesar del calor, llevaba puesto un suéter rosado de algodón y unos pantalones vaqueros celestes. Colores pastel. Y además, no muy atractivos. Fui a la sala a buscar a mamá y le dije que ahora sí estaba lista, que ahora sí quería ir al bosque.

–¿No ves que llevo puesto el vestido rojo?–, le dije. Pero mamá no lo veía. Ella veía los pantalones vaqueros y el suéter rosado.

–Pues no es así –dije, y me senté junto a la ventana–. Ahora me puse mi vestido rojo, estoy lista y ya pronto vendrán a buscarme.

Por supuesto, mamá se asustó y llamó a mi terapeuta, que vino a casa. Me pareció muy agradable saludarla, pero yo ya no tenía necesidad de hablar con ella.

–Todo terminó ya –dije–. Gracias por la ayuda, pero ahora me voy al bosque. Pronto vendrán a buscarme.

Y vaya si lo hicieron. Poco después vinieron a buscarme la policía y el médico, y me llevaron a la unidad de reclusión de un hospital psiquiátrico. Pero era un poco tarde. Yo había desaparecido ya en el bosque. Era un bosque denso, y me llevó muchos años encontrar la salida.